

Teresa León

## Dos mujeres

(Teatro breve)

PERSONAJES: Lucía y Eliana Tapia. (una muchacha).

Sala elegante, moderna, en colores claros. Un ventanal al fondo que da al jardín. Dos puertas laterales, la izquierda es la de la calle. La derecha, al interior de la casa. Buen gusto y distinción en todos los detalles. Cortinajes y muebles en tonos claros.

(Eliana Tapia, elegante y sobria en su vestido, está sentada frente a la puerta que da al interior. Espera nerviosamente. A poco de levantarse el telón se oye la voz de Lucía que habla con alguien en la pieza vecina).

Lucía.—Sí, sí, sí. Pero Ud. debió decirle a Madame Clarise que el color de esta pluma no es exactamente el rosa que yo le había encargado...

—.....

Lucía.—Bueno. Llévesela entonces y que me busque una igual. No quiero otra. (Sale sin reparar en la visitante preocupada de su vestido que se supone se estaba probando).

Lucía.—¡Oh! ¡Perdón! La había olvidado... Como mujer comprenderá mi distracción. Estos trapos ejercen un maleficio... (Ella se ha puesto de pie. En ese momento pasa una muchacha con cajas de sombreros y paquetes. Hace un saludo a Lucía, ésta la despide con un gesto de la mano. Después que ha salido la joven, habla Eliana).

Eliana.—Soy Eliana Tapia. (Amable y sin altanería).

Lucía.—Eliana Tapia... ¿Ud? (Sorprendida le indica que se siente).

Eliana.—Me hice anunciar...

Lucía.—Me estaba probando unos vestidos y no atendí... (Disculpándose más bien con ella misma. Se sientan. Pausa).

Lucía.—Ud. dirá...

Eliana.—Odio los rodeos.

Lucía.—Yo también.

Eliana.—Vengo a hablar de Ricardo.

Lucía.—¡Qué interesante! (acomodándose en el sillón).

Eliana.—Puede ser interesante nuestra conversación si somos sinceras.

Lucía.—¿Por qué no?

Eliana.—Porque puede Ud. defenderse detrás de algún prejuicio.

Lucía.—¿No es necesario...?—(amablemente burlona).

Eliana.—No.—(en el mismo tono).

Lucía.—Sin embargo... debe tener un plan de ataque su visita...

Eliana.—Ninguno. Vengo a saber por qué no deja libre a Ricardo.

Lucía.—(Lucía sonríe. Toma la caja de cigarrillos y ofrece uno a Eliana. Esta acepta y a su vez saca el encendedor y enciende los dos. Pausa).

Lucía.—¿No cree Ud. que esa pregunta pertenece más bien a un pariente o amigo de muchos años...?

Eliana.—Sí. Reconozco que me meto a un campo prohibido. Pero dejemos eso de lado ya que mi visita está fuera de

toda costumbre... ¿Quiere? (Lucía, muy femenina, vuelve a sonreír. Se mira las manos con complacencia).

Lucía.—Quiero... (pausa). Está muy enamorada de mi marido?

Eliana.—Yo pregunté primero...

Lucía.—Es verdad... (pausa) Pues... no quiero darle la libertad, como Ud. dice, porque necesito su nombre.

Eliana.—¿No le parece que para la época en que vivimos está Ud. un poquito anticuada?

Lucía.—Sí, sin duda. Pero mi educación fué muy severa. Y en mi familia se castiga con el más profundo desdén cualquier problema que tiene la insolencia de salir a la superficie y perturbar una paz obligada por las apariencias.

Eliana.—... ¿Y Ud. sacrifica su vida, su vida sentimental, por el beneplácito y la sonrisa acogedora de sus parientes?

Lucía.—También hay amigos...

Eliana.—No lo entiendo...

Lucía.—No es fácil. Se tiene que haber vivido en el ambiente para comprender lo que significa salirse de él...

Eliana.—Tan amable y... cerrado es...?

Lucía.—Mm m (pausa) ¿Es Ud. católica... creyente?

Eliana.—No.—(sin terquedad).

Lucía.—Pero no desconocerá las razones que tiene la Iglesia para oponerse al divorcio.

Eliana.—No... ¿Eso es todo? ¡Oh! Perdóneme...

Lucía.—También quiero su fortuna...

Eliana.—Ah.

Lucía.—Necesito mucho dinero para satisfacer mis caprichos.  
¡Adoro el lujo!

Eliana.—¡Pero lo tendría de todas maneras!

Lucía.—No me gusta la renta limitada. Además... no sabría qué hacer con mi libertad... Me mira Ud. con extrañeza...

Eliana.—Me pregunto cómo puede tener tanta seguridad...

Y... hay algo que quisiera saber y que me está quemando los labios...

Lucía.—No. ¿No tengo amante... es eso? Esta claridad en mi vida me permite imponerme.

Eliana.—Cada vez me asombra Ud. más...

Lucía.—No es una virtud. Es que sólo me gusta el halago y la admiración de los hombres.

Eliana.—Y el amor... no?

Lucía.—No he podido enamorarme nunca como para perder la cabeza.

Eliana.—¿Ni cuando se casó?

Lucía.—Me casé muy joven y un poco engañada por los consejos maternos... Ese «después» que iba a regular nuestra vida sentimental en todo sentido, no llegó nunca.

Eliana.—Y no se reveló al comienzo contra esa mentira que echaba por tierra su ilusión... porque supongo que tenía alguna, puesto que sintió el engaño...

Lucía.—Es Ud. muy romántica. Sí. Se produjo en mi vida una reacción que me llevó, sin dolor, por el camino más práctico. Como Ud. ve no he sido nunca sentimental y he aprovechado lo que la vida me dió con creces negándome lo otro, naturalmente.

Eliana.—Y Ud. sacrifica a su marido...

Lucía.—¡Fríamente! (exagerando, luego ríe). Los hombres muchas veces se casan por capricho. Desean a una muchacha y llegan hasta el matrimonio para conseguirla. Saben que después tendrán siempre libertad para andar por todos los caminos. Ricardo fué uno de estos hombres atolondrados.

Eliana.—¿Quiere castigarlo ahora?

Lucía.—¡No! Porque no lo quiero ni lo he querido nunca. No es castigo. Es comodidad, si Ud. prefiere. Me eligió y aquí estoy. Para siempre. (Eliana sonrío, luego empieza a reír nerviosamente).

Lucía.—Veo que no toma las cosas a lo trágico y me agrada.

¿Por qué ríe?

Eliana.—Porque he venido desnuda.

Lucía.—¿Cómo así?

Eliana.—Sabía que no amaba a su marido. Creí que lo que faltaba entre Uds. era una conversación tranquila...

Lucía.—Nunca la he tenido con Ricardo. Hablamos estrictamente lo necesario.

Eliana.—Lo suponía. Entonces tomé el camino que me indicaba mi corazón para llegar a Ud. Ahora veo que no tengo defensa... como dirían los médicos, puesto que es mi cariño a Ricardo la única razón ante Ud. para retenerlo...

Lucía.—Pero Ud. sabía que era casado cuando lo conoció...

Eliana.—Sí.

Lucía.—Y se dejó llevar...

Eliana.—Sacrificándolo todo cada día.

Lucía.—Ahora me asombra Ud.

Eliana.—El amor en ciertas mujeres arrasa con todo. La enamorada no mide, no calcula y se lanza contra el mundo.

Lucía.—¡Pero eso es absurdo! Los hombres detestan a las mujeres abnegadas. ¡Son aburridísimas! Lo he oído mil veces.

Eliana.—Hay que saberles ocultar el reverso de la medalla porque cuando se saben culpables huyen... y los mejores, los menos egoístas, arrastran el fardo de su aviejado amor, lamentándose todos los días de su desgracia... No. Ellos deben ignorar nuestras lágrimas de renunciamiento.

Lucía.—Y conociéndolos de esa manera, Ud. se ha enamorado sin reservas... es inconcebible.

Eliana.—Hay seres que hemos nacido para querer.

Lucía.—Y para ser desdichados.

Eliana.—Naturalmente.

—(Pausa).

Lucía.—Y Ud. está segura del cariño de mi marido?

Eliana.—Sí y no.

Lucía.—¿Puedo saber?

Eliana.—No estamos jugando a la sinceridad y hemos decidido decirlo todo. ¿No es así?

Lucía.—Sí.

Eliana.—Vine a preguntarle algo desagradable y desacostumbrado y Ud. me respondió sin rodeos. No veo por qué había de tener yo reticencias para con Ud.

Lucía.—Es distinto. Mis preguntas van derecho al corazón...

Eliana.—¡Qué gentil es Ud.!

Lucía.—Gracias (sin ironía).

Eliana.—Hay momentos en que estoy segura del amor de Ricardo... Estos me sirven para alimentar los otros, los de angustia. Voy a decir una cosa mil veces repetida: Los hombres tienen un mundo para ellos en el que no participamos aunque seamos el fin y el objeto de sus afanes. Este mundo los separa en tal forma que a causa de ello, nos olvidan... Nosotras no tenemos más remedio que esperar. Esperar que lleguen para verlos desaparecer de nuevo... Sabe Ud. de eso?

Lucía.—No.

Eliana.—Esta espera constante produce un enervamiento al que sospechamos de una tardanza, de una distracción o simplemente de una palabra dicha al azar.

Lucía.—¿Y Ud. vive esa angustia?

Eliana.—La viví hace tiempo. Más tarde descubrí que había que ofrecer paz para tenerla yo... Pronto se acostumbró a acudir a mí en cualquier tropiezo. Esto no me introducía en ese mundo del que le hablé, pero sí me acercaba a sus preocupaciones. Aprendí a escuchar y a dar mi opinión tratando de quitarle importancia a mis observaciones... Esta era una forma de paz dirigida... Ahora muchas veces me pregunto si me quiere o si es la tranquilidad que le ofrezco lo que le atrae a mí. No dejo de

reconocer que esa ansiedad mía es beneficiosa para nuestro amor.

Lucía.—Y que Ud. quiere perder con el matrimonio...

Eliana.—Tiene Ud. una manera de ir al fondo de las cosas...

(ríen) Estoy enamorada y le quiero por encima de todo.

Lucía.—¿Y él?

Eliana.—El querría casarse. Ud. sabe que para el hombre el matrimonio es la máxima ofrenda. En el adolescente es lo sublime y en el maduro es el broche de oro de una vida disipada.

Lucía.—¿Es Ud. admirable! Ama a pesar del lastre de conocimientos...

Eliana.—Eso no cuenta. Lo recuerdo ahora para decírselo. Luego lo olvido. En el amor importa lo que se da y no lo que se recibe.

Lucía.—Generosa teoría...

Eliana.—No es teoría ni es generosa. ¿No ha reparado Ud. que embellecemos las cosas más absurdas con nuestro deseo de obtenerlas? Existe el egoísmo de querer a pesar de todo. Se vive mejor. ¿No lo cree Ud. así?

Lucía.—No sé. Acaso eso no cuente para los que no somos sentimentales...

Eliana.—Ud. quiere otras cosas.

Lucía.—Ahora me toca a mí decirle que es gentil.

Eliana.—Y a mí de darle las gracias...

(Pausa).

Lucía.—¿Ud. cree que sería feliz casándose con Ricardo?

Eliana.—Sí... entraríamos de lleno al templo de la costumbre...

Lucía.—¿Y eso es felicidad para Ud.?

Eliana.—Es una manera de ser feliz.

Lucía.—Usted esperaba que yo quisiera divorciarme de Ricardo...

Eliana.—No. Más bien quería convencerme...

Lucía.—...de si decía verdad?

*Eliana.*—Sí.

*Lucía.*—No la envidio. A pesar de Ud. misma, es decir, de su manera sensata de ver la vida sufre y duda...

*Eliana.*—Ya le dije que era el acicate del amor. Siempre debe haber fantasmas.

*Lucía.*—Que Ud. quiere encadenar con el matrimonio...

*Eliana.*—Yo sé que casándome o no con su marido, mi amor se alzaré como una columna entre ruinas. Me conozco. Quiero de una vez.

*Lucía.*—Tiene Ud. alma de esposa...

*Eliana.*—... y Ud. de amante... (ríen) ¡Qué contradictoria es la vida! (pausa) ¿Cede...?

*Lucía.*—No.—(con suavidad).

*Eliana.*—Me gusta su franqueza.

*Lucía.*—Y a mí su sinceridad. (Se despiden dándose la mano. Eliana va hacia la puerta y antes de llegar, Lucía, que se ha quedado mirándola dice:

*Lucía.*—¡Qué lástima!

*Eliana.*—(volviéndose) ¿Qué?

*Lucía.*—Que no podamos ser amigas...

(Eliana sonrío, le hace un gesto simpático con la mano y sale. Lucía queda en el centro de la escena agradablemente preocupada.

TELON.